

Tormento Circular

La noche se llenaba de silbidos puntiagudos. El viento en la ventana seguía siendo una figura amenazante en la que el golpe de aquella rama, era la presencia velada de una garra fantasmagórica. Estaba destinado a que una fuerza oscura viniera por él. Desobedeció con premeditación las indicaciones claras de sus anfitriones. Se quedó despierto hasta muy tarde desvelándose por un magnetismo inexplicable por ese desconocido...

Fue precisamente esa presencia, lo primero que le impresionó al llegar allí. Un ángel-demonio que era capaz de darle vida a las muñecas. Lo veía en las mañanas atacar embravecido un cuadro pálido de susto, que él llenaba como poseído de más blancos que iban tomando su propia vida. Era un malabarista delirante que se disfraza con un taparrabos y le gritaba como un alucinado a la luna de Macuto.

Pero los aullidos de esta noche eran distintos. Gritos desesperados, ante la inminente llegada de las pesadillas subiendo desde el malecón, con su ruido in crescendo que advertía una carga de animales que se alojaban en el estómago. Su locura solar, hacía más oscura esa noche con aquella serenata histórica, temible e indeseable para un niño de 8 años.

Después del paroxismo. Todo se silenció.

Dedujo lo que pasaba. Sus abuelos no mentían. Sólo los idiotas se burlan de las historias de los viejos. Los dos serían castigados por su avaricia lumínica. Por eso, allí estaban los ataúdes de sus alucinaciones, siendo trasladados por el Carretón del Diablo que ya se había anunciado entre las láminas de zinc, con su circular tormento. Él loco había recibido primero su castigo y ahora, le tocaba a él...

No se atrevió a moverse ni un milímetro en el eterno instante en el que la gota de sudor rodó por su cien y cayó en la caverna de sábanas que había creado para ahogar el miedo. Todo sería en vano. Por más que apretaba con fuerza los ojos, era como si mirara desde la puerta de su rancho. Caería fulminado por el rayo que desprendían las ruedas del carretón al chocar contra las piedras, y si acaso sobrevivía, habría de quedar ciego para el resto de su vida.

Todo por ser un niño travieso que no se durmió temprano. ¡Un niño travieso! Recordó al pintor y las palabras de aquel ángel caído la única vez que hablaron a solas, cuando le dijo: ¡Ah Cara´ muchachito! ¿Es que tú no sabes que mi segundo apellido es Travieso?

¡Si el rayo del Carretón me quita la vista, la luz del mago me la devuelve! –repitió incesantemente con voz ahogada, como si de una oración se tratara-

Apretó los puños contra su cuerpo, se encogió de rodillas, y se entregó a su destino.

Afuera. La noche se llenaba de silbidos puntiagudos...

Marvin de los Ángeles Colmenares

Mayo 2020

Marvin de los Ángeles Colmenares

Profesora en lingüística y literatura. Especialista en educación preescolar, Magister en orientación educativa y Doctora en innovaciones educativas. Autora del libro “Una Pedagogía de los Arreboles” y de los poemarios “Cuerpo Navegable” y “Presencia Galopante”. Productora radial (Premio Nacional de Periodismo 2020 mención radio, por su labor educativa el medio), narradora oral, escritora y cantora. Gestora del movimiento Poética de lo femenino que promueve una hermenéutica de la existencia desde un recorrido por los senderos del arte.